

EL TESORO.

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS, ARTES, MODAS Y TEATROS.

8 REALES TRIMESTRE. INSTRUCCION—RECREO.—UTILIDAD. 15 REGALOS CADA MES

ADVERTENCIA.

Por un deber de galantería remitimos á los señores suscritores de fuera de la capital cuyo abono ha terminado en fin de Noviembre, el primer número del cuarto trimestre. Los que no quieran continuar se servirán devolverlo á esta redacción.

SUMARIO.—Ecos de Melpómene, por don J. M. Marin.—La vanidad, por don M. J. Ruiz.—La creación de la poesía, por don Joaquin Maria Bartrina.—Ahí verá V..., por don José Castroverde.—Anacreóntica, por el mismo.—Epigramas, por don José F. Sanmartin y Aguirre.—La loca del Valle, por el mismo.—Miscelánea.—Charada, por Bertoldo.—Regalos.

ECOS DE MELPÓMENE.

MINIATURAS HISTÓRICAS

POR J. M. MARIN.

(Continuacion.)

SÉPTIMO ASUNTO.

Francia estaba en guerra con el Gran Ducado de Westfalia.

En las altas horas de la noche del 15 de Octubre de 1760, el caballero de Assas, valiente coronel, vagaba á la ventura cerca de las trincheras de su campamento, inmediato á los muros de Klosterkam, embozado en una negra capa de guerra que se confundía con la oscuridad.

No lejos de allí, descansaba depuestas las armas, y confiado en los centinelas

exteriores, el regimiento de Dragones que mandaba.

De improviso se siente el bizarro coronel rodeado de una legion enemiga y oye una voz firme que le dice en tono sordo:

—Silencio: ni una palabra, si estimas la vida!....

Y veinte aceros desnudos se tienden en la oscuridad, fijándose horizontales á la altura de su pecho.

Los acometedores formaban una partida de los contrarios que, burlando á los centinelas á favor de la noche, trataba de sorprender el campo francés.

El caballero, pronto como su heroico pensamiento, y sin titubear, gritó con robusto acento en medio de las tinieblas:

—Dragones! á mí! aquí están los enemigos!

Y cayó atravesado por veinte estocadas.

El regimiento acudió, y al conocer la verdad y la pérdida que acababa de sufrir se batió sin dar cuartel.

El enemigo huyó sin haber logrado mas que asesinar á un héroe.

¿Conocíais el nombre del caballero de Assas?

No; ¿es verdad?

La historia tiene tambien sus ingratitudes.

OCTAVO ASUNTO.

Ahora vamos á buscar argumento al pié de un ciprés.

Tocaba á su fin en España el dominio, por derecho de conquista, de la raza de Tarif.

La Alhambra, esa residencia de fama inmortal, veíase entonces henchida de continuo, de valor, de génio, de amores, músicas y zambras.

Detrás de los muros afligranados del alcázar granadino, prodigio de los Génios y las Hadas, estaba la ciudad amenazadora y sombría....

Mas allá de sus revueltas y angostas calles, las fuertes murallas de Granada *la cándida y la clara*.

Y mas allá de sus murallas, la hueste cristiana, formando apretado cerco, mandada por invencibles capitanes, y guiada, en persona, por la gran Isabel I.

Abandonemos el campo de la cruz, las murallas de Granada, sus calles y hasta la misma Alhambra, y detengámonos en los májicos jardines del Generalife, trasunto del Edem descrito por Mahomed en su Koram.

Allí destácase gigantesco y magnífico, como un obelisco de esmeralda, en medio de una glorieta, bajo los lánguidos rayos de la luna, un ciprés colosal.

Él es el histórico árbol que hemos venido á buscar.

Trasladaos á aquellos caballerescos tiempos y atended.

Óyese el lijero roce de unos leves pasos.

Una muger de aventajada estatura, magestuosa y cubierta bajo los pliegues de seda de un espléndido caftan bordado de aljófar, aparece, saliendo de una enramada, y se detiene al pié del alto ciprés.

Después de investigar las sombras en todas direcciones, echa hácia atrás, con un movimiento lleno de gracia, la capucha de su traje, y deja ver, bajo su frente real, unos ojos de *hurí*.

La recién llegada se llama Zoraida, y es la Sultana de Granada, esposa predilecta é infiel del malhadado Boabdil.

Nuevos pasos se oyen.

En breve preséntase ante la sultana, un jóven y apuesto guerrero árabe, cubierta la cabeza con un turbante verde, signo

de su inclito linaje, y armado con un finísimo alfange turco cuya empuñadura está sembrada, por decirlo así, de piedras preciosas.

Aquel guerrero, única esperanza ya del Islam, es Aben-Amed el caudillo de los Abencerrages.

Reunidos ya, ambos caen embriagados de amor y soledad al pié del mudo y melancólico ciprés.

¡Créense solos!

No! la cita adúltera tiene aquella noche un testigo oculto y cruel; los espía Zaid, uno de los tigres de la tribu de los Zegries!

Ah! por él, por su fatal delacion, el Amor se transformará en la Muerte!

Al brillar la nueva aurora, Boabdil, sultan de Granada, para lavar su afrenta, manchó para siempre el recinto de la Alhambra con un rio de sangre abencerraje!

¡Treinta cabezas de la tribu rodaron á los pies del ofendido rey!

El árbol, segundo testigo, el fiel, de aquellos amores, se llama desde entonces *El Ciprés de la Sultana*.

Desde entonces, tambien está solo.

Los poetas, especialmente los españoles, lo han visitado mucho.

De ellos, unos dicen que por las noches de primavera, *oscila y llora!*

Otros afirman que murmura:

—«¡Zora! ¡Zora!»

(Se continuará.)

LA VANIDAD.

Entre todas las pasiones que agitan el corazon humano, no hay ninguna que se preste mas al ridículo que la de la *vanidad*.

La vanidad es una especie de fortaleza en la que el hombre suele encastillarse para desde ella menospreciar á los demás, juzgándose superior á todos.

Pero como esa fortaleza suele general-

mente edificarse con materiales malos y sobre movediza arena, acontece las mas de las veces que basta un soplo para derribarla, esponiendo ante los ojos de todos la *pequeñez* de los que en ella se guarecian.

La vanidad abulta lo propio y empequeñece lo ageno. Seméjase á una montaña en cuya cúspide se levanta el hombre, teniéndolo todo á sus piés.

¿Será que el *vanidoso* no se conozca á sí propio, ó que, conociéndose, pretenda engañar á los demás?

Puede ser lo uno y lo otro; pero de cualquier manera el único que se engaña es él mismo.

Porque la vanidad es una de esas pasiones que no admiten disfraz, que se manifiestan siempre, por esquisito que sea el empeño que se ponga en ocultarlas.

La vanidad se manifiesta por actos esternos, y estos actos la denuncian constantemente.

La vanidad, como el desbordado torrente, va gritando por do quier:—Por aquí voy! Abridme paso!

Y es que la vanidad dejaría de serlo en el momento que se cubriese con el velo de la modestia.

El hombre vanidoso para satisfacer la comezon que le devora de imponerse á los demás y que se le considere como un semi-dios, no se aviene á prescindir de su ridícula altanería, por el temor de perder el *ascendiente moral* que neciamente cree tener sobre los demás.

Quien dijo vanidad dijo soberbia; y el hombre soberbio jamás quiere descender del pedestal que él mismo se fabricó con el objeto de dominar á cuantos le rodean.

Si la vanidad ha sido engendrada por un mérito cualquiera, aquella, semejante á una densísima nube, oscurece ó empaña el esplendor natural de éste.

Los dones de la fortuna ó del entendimiento adquieren doble valor cuando se aquilatan en el crisol de la modestia.

No hay cosa mas ridícula que un *rico* y un *sábio* vanidosos.

Pero si una *medianía* cualquiera cruza ante nosotros embozada en su ridícula vanidad de hombre de fortuna ó de génio, entonces nada existe mas soberanamente *cargante*—perdónesenos la frase—nada mas monstruosamente intolerable.

Mientras mas elevada sea la posicion de un hombre, mas clara su inteligencia y mas esmerada su educacion, tanto mas afable y modesto debe ser, si quiere que se le estime y se le considere como tiene derecho á esperarlo por su fortuna ó su talento.

Engarza una piedra falsa en un aro de oro y el ningun valor de aquella parecerá como que rebaja el de este. Poned la piedra falsa de la vanidad en el aro de oro de la fortuna ó el talento, y el talento y la fortuna no valdrán tanto como si los enriqueciese el diamante de la modestia.

La vanidad, si no escluye del corazon á las virtudes, las hace á todas menos firmes y estables.

Nosotros desdeñamos á la vanidad allí donde la encontramos y nos descubrimos respetuosamente ante la modestia donde quiera que la encontremos.

M. J. Ruiz.

LA CREACION DE LA POESIA.

Á LA JÓVEN POETISA

SRTA. DOÑA JOSEFA CRESPO Y CASTRO.

En la region celestial
y sentado en el espacio
hay un inmenso palacio
de diamante y de cristal,
de esmeralda y de topacio.

El lábio con fé le nombra,
mansion que anhela el precito,
pues tiene, y por esto asombra,
el cielo azul por alfombra,
por lindes.... el infinito.

Se oyen allí tiernos cantos
que serafines entonan,
y son tan bellos y tantos

cual los astros que tachonan
del firmamento los mantos.

—
Allí es do los justos van
de la torva Parca en pos;
allí los buenos irán
y felices gozarán
de la presencia de Dios.

—
Y allí sin males siniestros
viven entre luz radiante:
por esto en dicha incesante
cada siglo de los nuestros
es para ellos un instante.

—
Solo allí el placer se anida:
¡quién gozará de su suerte,
que es feliz y sin medida!
¡Para entrar á aquella vida
se ha de pasar por la muerte!

—
Un día Dios abarcando
de una mirada la tierra
y cuanto el espacio encierra,
vió, y lo miró con espanto,
la virtud y el vicio en guerra.

—
Vió que solo éste triunfaba
mientras la virtud perdía,
y que el pueblo abandonaba
la virtud en que vivía
al vicio que le mataba.

—
Y vió la esperanza huir
del alma de los mortales,
y vió en vez de ella lucir
la aurora de tristes males,
y vió al hombre sucumbir.

—
Con voz llena de armonía
dijo (pues la bienandanza
ya en la tierra no existía):
¡Que haya en el mundo esperanza!
Y creó la poesía.

.....
.....
A la esperanza y amor
tu inspiración encamina,
y recuerda con fervor
que es la poesía, divina
emanación del Señor.

Joaquín María Bartrina.

—
AHÍ VERÁ V.....
—

—
Ved aquí una frase aunque sencilla
al parecer profundamente sentenciosa y

filosófica, afortunada frase que nació no
sabemos cómo, pero que de seguro no
morirá con las mismas circunstancias que
la hicieron nacer, como tantas otras del
vocabulario político y aun del familiar.

Ahí verá V... esta es la sublime sen-
tencia por donde quiera oímos repetir,
que sirve de clave para toda clase de es-
plícaciones; gracias á tan ingenioso y
elástico razonamiento, nada debe ya ad-
mirarnos pues si ante un hecho fenome-
nal y estupendo, la pobre comprensión
humana se encuentra sumergida en un
caos de confusiones, un *ahí verá V...* o-
portunamente expresado disipa todo recelo y
establece la verdad, como los negros nu-
barrones dan esplendor y claridad al lím-
pido azul de la celeste bóveda.

Ahí verá V... parto grandioso, aun-
que no el mayor, del fosfórico siglo XIX.

El siglo XIX, ¡oh ilustrado siglo! ¡oh
siglo del vapor, siglo de la electricidad,
siglo, en fin, de la luz en sus distintas
eceptiones! ¡La luz! ¡oh que maravi-
llosa invención la de la luz artificial! da-
ríamos dos pesetas (si las tuviéramos)
por poder fabricar fósforos fulminantes:
de este modo difundiríamos la luz, hoy
que todos pretenden hacerlo, desde el
gallego farolero hasta el gacetillero, cu-
ya profundísima ciencia consiste en una
bien afilada tijera.

Pero lo que es la hilación de las ideas!
Divagando sobre las luces se nos ha ocur-
rido que pudiéramos ser pirotécnicos,
vulgo constructor de cohetes, soles, rue-
das de fuego y de la luz eléctrica inten-
sa; entonces sí que podríamos llamarnos
á boca llena y con orgullo propagadores
de las luces.

Con qué tenacidad tan interesante ar-
rojariamos nuestros ignívomos proyec-
tiles.

Con ellos alumbraríamos los torcidos
pasos de tanto bípedo habitante de este
mundo sub-lunar.

En vano buscarían la oscuridad.
Derramaríamos por todas partes un
resplandor tan vivo, que cual grotescas

figuras de una linterna mágica girarian en perpétuo movimiento buscando donde ocultarse.

Pero arrastrados por esta digresión nos hemos apartado de nuestro objeto.

Ahí verás V., querido lector, lo que son las cosas; buscando la luz nos íbamos quedando á oscuras, es decir, creyendo hacer una disertación filosófico-social, nos íbamos embrollando.

Ahí verás V., nos dirá algún furibundo *Criticalo-todo*, como para presumir de sábio es preciso serlo. No hay tal, replicamos nosotros: para hacer gala de inteligencia, para llamarse á sí mismo, docto, ilustrado, entendido, competente, para darla de Aristarco, en fin, no es preciso más que ser un mal intencionado Zóilo; mas nos vamos olvidando segunda vez de nuestro firme propósito de hacer comprender la profundísima filosofía de el aunque lacónico razonamiento, grandilocuente máxima *Ahí verás V.*

¿Quién al sorprenderse y demostrar su extrañeza ante un hecho para él incomprendible, no ha recibido por respuesta un *ahí verás V.*... que lo ha dejado turlato, mudo, estático y medio vizo?

Pregunta un pobre hombre, por qué razón siempre se dá la *idem* al rico, contra el que no lo es: contestadle: *ahí verás V.*... y esto basta, que si no se convence, de seguro carece de sentido común.

Lamenta alguno la perfidia de la mujer á quien adora, ó la perversidad de algún mal amigo, ó la infame bancarrota de un comerciante de mala fé, que le robó su fortuna, sumiéndole en la mas deplorable indigencia; nunca dejará de escuchar cual bálsamo consolador y lenitivo á su aflicción un *ahí verás V.* la inestabilidad de los bienes terrenales, *ahí verás V.* lo que es el mundo, ú otras expresiones por el estilo, pero siempre precedidas del incontrovertible *ahí verás V.*

El bello sexo de nuestros días, dicen algunos, acaso por imitar al sexo del vello, solo ama el lujo, quiere por inte-

rés, por amor propio, por todo menos de verás: *ahí verás V.*... nos replican doquier. De modo que para el feliz mortal que sienta en su corazón la llama voraz de una verdadera pasión, este *ahí verás V.*... es como una cuba de agua fría que deja en su corazón solo cenizas. Nada importa que crea su amor correspondido, pagado su profundo cariño con un afecto mas grande aun; siempre que perciba la mas ligera sombra de duda en el claro cielo de su felicidad, para desvanecerla, escuchará solo un aterrador *ahí verás V.* lo que son las cosas....

El oro es la fuerza motriz de todo, es la palanca de Arquímedes que sostiene el mundo, dicen los positivistas: el que tenga sus arcas llenas de tan precioso metal puede decir que tiene encerradas en ellas la felicidad, de manera que á medida que las abra ó las cierre, proporciona cierta cantidad de dicha á sus semejantes. Y el talento? ¿Qué es entonces el talento? ¿Es acaso el don de morir de hambre, concibiendo y espresando ideas sublimes? *Ahí verás V.*... replican en coro los adoradores del poderoso caballero don Dinero.

Preguntad á no pocas jóvenes prometidas esposas por las cualidades de sus futuros, y os replicarán: que son lo que se llaman buenos partidos, es decir, que tienen dinero. ¿Y esto basta? Estamos seguros que no faltará quien nos arguya con un sublime *Ahí verás V.*...

Estremada sorpresa nos causa ver las miles de *celebridades tan célebres*, que cual piedras falsas son un tosco remedo de finisimas perlas, así estas notabilidades de relumbron, consiguen engañar con su falso brillo á los incautos y á los necios; mas donde quiera oímos que responde á nuestra indignación y estupor un sublime *ahí verás V.*... que nos anonada y nos hace enmudecer.

A risa nos mueve el necio orgullo de muchos pollos implumes y no acertamos á explicarnos su estúpida ignorancia, su fatuidad y presunción, y tan solo contes-

tariamos al que nos preguntase el origen ó causa primordial de esto, *ahí verá V. V.*

Ahí verá V. V. nos responden también cuando manifestamos la ira y el desprecio mas profundo al ver tanto cristiano que mas que cristiano parece un beduíno, con la intención tan sana como un toro de Mihura; y no hallando nosotros explicación mejor á tan extraña anomalía, exclamamos con un poeta

«*Ruin humanidad, cuán poco vales!*»

Y si al benévolo y pacienzudo lector fastidiado de tan insulso escrito, se le ocurre exclamar: ¡Cómo es posible que se escriban y aun se publiquen tales disparates! responderemos nosotros: *Ahí verá V. V.*

José Castroverde.

ANACREÓNTICA.

A UN AMIGO.

Pues se ennegrece el cielo

Y se humedece el aire,

Al desatar las nubes

Sus mágicos cendales;

Y el aquilon horrisono

Muestra querer vengarse

Del odio que natura

Profesa á sus maldades;

Te ruego, caro amigo,

Me esperes esta tarde

Y al rico amontillado,

Y al Jerez agradable

Confío que benigno

Dispongas para el lance:

Diles que no recelen

Pudieran nunca helarse,

Que ansía cariñoso

Mi estómago abrigarles.

No temas que entonemos

Mil báquicos cantares:

Si acaso alguno dice

Que Baco es nuestro padre,

Bebamos y gocemos,

Dejémosle burlarse,

Que acaso séamos nécios;

Mas nunca intolerantes.

José Castroverde.

Puerto de Santa Maria.

EPÍGRAMA!

Pidióme en cierta ocasion

Dos mil reales Juan Coco.

—¿Tu derecho?—La razon,

Dijome.—Y estaba loco!

José F. Sanmartín y Aguirre.

LA LOCA DEL VALLE.

LEYENDA.

POR D. JOSÉ F. SANMARTÍN Y AGUIRRE.

A MI AMIGO

ERNESTO FLORENZA Y ANTERO.

Como el nido del jilguero que se oculta en lo mas profundo del follaje, así Nise, la hija de Beltran el Leñador, tenia su blanca choza oculta entre unos sauces en las encantadas márgenes del Ebro, junto á la comarca de Rocamora.

Nise era la niña de blonda cabellera, ojos azules y cuello alabastrino.

Sus goces, sus alegrías y esperanzas se cifraban en su pequeño valle y jamás imaginó que detrás de los elevados montes que se estendian á su vista, existiese mas mundo.

Nise tenia quince abriles; era de esas naturalezas privilegiadas en las que parece que el cielo haya puesto un átomo de su belleza para delicia de los mortales. Amaba á sus padres, á las flores y á los pájaros sin pensar que en el mundo existiese otro amor.

Cada dia, con ligera planta Nise corria á la vecina fuente por agua, y sentada junto á su arrulladora corriente pasaba plácida las horas escuchando los arrobadores cánticos del ruisenior...

Una tarde, cuando mas embargada estaba Nise en sus contemplaciones, vió bajar por la inmediata vereda á un jóven zagal que venia guiando un rebaño de blancas ovejas.

—Guárdete Dios, hermosa zagala, díjole el jóven ¿qué haces tan solita en la fuente?

—¿Quién eres tú?... preguntóle Nise con timidez.

—¿Que quién soy yo me preguntas? contestóle el desconocido; soy Lisardo el que cuida el rebaño del señor del Castillo.

—Lisardo!

—Sí, niña de dulce mirada; pero dime, ¿no tienes miedo de estar tan tarde en la fuente? ya el astro del dia se ha ocultado tras el vecino collado: ¿quieres que te acompañe á tu morada?

—No, no te conozco....

Y Nise fijó en él sus lindos ojos, pero los bajó ruborizada, pues era en verdad el pastor un gallardo mozo.

—Hermosa eres en verdad, graciosa niña: ¿se puede saber tu nombre?....

—Mi nombre? mi padre siempre me llama Nise.

—Pues bien, querida Nise, ¿quieres que el pastor Lisardo te acompañe hasta la casa de tu padre?

—Id, zagal, y cuidad de vuestras ovejas y dejad que las muchachas regresen solas á sus hogares.

—¿Te molesto acaso? ¿no comprendes, hermosa Nise, lo que te están diciendo mis ojos?

Nise se puso colorada como la flor de peonía, pues las miradas de Lisardo tenían un no sé qué incomprendible para ella y huyó presurosa hácia su casa.

Y pasaron algunos días sin que Nise fuese á la fuente.

Desde el día que había tenido la entrevista con Lisardo, veíasele triste y pensativa sin que se cuidase de las flores ni de los cantos del ruiseñor; y era que Nise amaba á Lisardo.

Beltran preguntó á su hija la causa de su tristeza. Nise contóle lo sucedido á su padre.

—Yo ahuyentaré tu tristeza, exclamó éste, y partió.

Y al siguiente día el joven pastor juraba un amor puro á Nise bajo los sauces de su casita.

El padre de esta había cumplido su palabra devolviendo la alegría á su hija.

Y así pasó algún tiempo.

Pero sucedió que el señor del castillo, don Men Ruy de Lara, yendo un día de caza estravióse entre los sauces de casa de Nise y enamoróse perdidamente de ésta.

—¿Quién eres? preguntóle el de Lara con una voz que hizo temblar á la niña.

—Soy, señor, Nise, la hija de Beltran el Leñador.

—Hermosa eres por mi vida, Nise; yo te amo y te dare cuanto quisieres con tal que me quieras.

—No, mi señor, mi corazón ya no me pertenece pues lo he dado al pastor de la ardiente mirada.

—¿A qué pastor?

—A Lisardo el que apacienta vuestos ganados, dijo Nise con sencillez.

—Dime, Nise, repuso el de Lara, ¿quieres venirte conmigo y serás la señora de mi castillo y tendrás pages con doradas cabelleras á tus órdenes?

—Gracias, mi señor, el corazón no se parte.

—Una palabra tuya, niña, una palabra y serás dueña de mis castillos, de mis valles, de mis feudos y zagales.

—Amo á Lisardo y por todo lo del mundo no dejo yo el cariño de mi amante.

El de Lara se puso furioso y exclamó:

—¡Pobre de tí, Nise! porque te amo y juro que jamás serás la esposa de ese imbécil!

Algunos momentos despues llegaron los pajes que iban buscando á su señor.

A una señal de éste se apoderaron de la hermosa Nise.

A pesar de las súplicas y gritos de la pobre niña, fué llevada al Castillo y encerrada en uno de sus mas profundos subterráneos.

El de Lara dijo á Nise se preparase para ser su esposa á la siguiente mañana.

Llegó la noche.

Y á las negras tinieblas de esta siguió el matutino crepúsculo lleno de encanto, de vida y de poesía...

El águila estendió su vuelo por el espacio, los pajarillos saludaban regocijados al nuevo día, las flores abrian sus cálices...

La antigua capilla del castillo de Lara se hallaba fantásticamente alumbrada por multitud de cirios y un venerable sacerdote postrado ante sus altares aguardaba el momento de la ceremonia que debía verificarse.

No dejó esperarse mucho el señor de Lara: un momento despues viósele entrar jadeante de alegría, pues veía cercano el fin de sus deseos.

Seguíanle varios lacayos y feudos entre los cuales iba la infeliz Nise con sus ropages de novia, deshecha en el mas amargo llanto.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! exclamaba la pobrecilla; libradme de los lazos de mi señor y os juro ser vuestra esposa.

De este modo llegó la comitiva á los altares.

(Se concluirá.)

MISCELÁNEA.

Nuestro querido amigo y colaborador el joven y laureado poeta don Salvador Barasona y Candan, en la carta que desde Madrid ha dirigido al *Esplandian* contestando á la invitacion que se le hizo para que colaborase en el mismo y que aparece en el cuarto número de aquel apreciable colega, nos dedica un galante y cariñoso recuerdo que sinceramente le agradecemos. El señor Barasona, que tiene un corazón despojado de egoísmo y que como joven ilustrado se asocia á todo pensamiento que envuelva un fin noble y desinteresado, no se escusa de alentarnos á continuar la empresa que hemos acometido con la publicacion de nuestro modesto semanario, á costa de sacrificios y venciendo con nuestra inquebrantable constancia los obstáculos que en vano nos oponen pasiones poco generosas. A nosotros nos bastan las simpatías y la cooperacion que nos dispensan jóvenes tan ilustrados y entendidos como el señor Barasona.

*
* *

A Cupido.—Travesuelo—rapazuelo—que suspiras—y me miras—de reajo,—si te cojo,—voy á darte—un puntillou—que tú mientes—á las gentes—inespertas—dichas ciertas—y haces luego—que de fuego—las abra—honda pasion.

Yo te digo,—mi enemigo—que te veo,—y que no creo—esas cosas—tan hermosas—que á los hombres—mientes tú;—que algun dia—mi alegría

—me robaste—dando al traste—mi ventura,—y es locura—creerte mas,—cruel Belcebú.

Parte pronto—nécio y tonto—rapazuelo—moco-suelo—de un avance,—do no alcance—la puntera de mi pié;—pues te juro—y aseguro—si no partes,—que tus artes—no te eximen—que tu crimen—yo castigue—como sé.

*

El teatro Principal va animándose mas cada dia, á lo que contribuyen los esfuerzos que hacen los actores por agradar al público y el acierto que preside en la eleccion de las obras. Mas vale asi.

*

«Mas ¡ay! que si no lloraras y tu llanto, gota á gota, no fecundizara el césped ¡qué de esa florida alfombra hija de las dulces perlas que tus ojos atesoran?»

Espira su voz al punto, sus sentidos se trastornan, el dolor su rostro cubre y sus labios descoloran.

(El Arbol de la Esperanza, drama en tres actos y en versi-prósa, original de un autor célebre.)

(Se continuará.)

¿Qué es la muger?

- Cada cual mira á la muger segun sus creencias, su profesion ó su carácter.
- La muger para un pintor, es un modelo.
- Para un naturalista, una hembra.
- Para un romano, una ciudadana.
- Para el médico, una persona.
- Para el aldeano, una ayuda.
- Para el inválido, una enfermera.
- Para los gobiernos, una máquina.
- Para el calavera, un juguete.
- Para un madrileño, un dote.
- Para un jugador, una figura.
- Para un poeta, una flor.
- Para un enamorado, un ángel.
- Para mí, una muger.

Y de esto se deduce que yo soy el único que tiene sentido comun.

*

*

Solucion á las charadas insertas en el número anterior:

1.ª MENTANA.—2.ª CÁMARA.

CHARADA.

Segunda y prima en mi casa

suelo, lectores, vestirme, y en invierno contra el frio de tertia y prima me sirve En ciertas alegres fiestas segunda y tertia preside; de prima y tertia nunca los cazadores prescinden; y es una planta mi todo que alli donde se cultive ha de rendir las ganancias que hoy á la América rinde.

Bertoldo.

REGALOS.

Lista de los números y suscritores á quienes han correspondido los respectivos al mes de Noviembre último.

- 3726.—D. José Ballesteros.—Córdoba. —Una cama de hierro, ó un reloj de plata.
- 2494.—D. Bartolomé Fresneda y Rodrigo.—Córdoba. —Un neceser de señora.
- 2337.—D. Antonio Morales.—Iznajar. —Un alfiler de corbata.
- 1095.—D. Francisco Victor Gonzalez.—Valsequillo.—Una sortija de oro.
- 1338.—D. Miguel Melendo.—Córdoba.—Un boton de oro para pechera.
- 1791.—A la Empresa.—Una cadena para reloj.
- 2208.—D. Mariano Lopez Sanchez.—Córdoba.—Un abanico.
- 3074.—D. Cristóbal Muñoz.—S. Fernando.—Una escribanía de metal.
- 3301.—D. Pedro Maria Blancas.—Córdoba.—Un décimo de billete de á 10 reales.
- 3768.—A la Empresa.—Una suscripcion á EL TESORO.
- 3906.—D. Félix Benitez.—Córdoba.—Una caja de papel para cartas, y 100 sobres.
- 4171.—D. Ramon Otero.—Córdoba.—Un décimo de billete de á 10 reales.
- 4201.—D. Agustin Valbuena.—Cabra.—Una novela.
- 4600.—D. Pedro Hernandez Tapia.—Córdoba.—Una novela.
- 5836.—A la Empresa.—Una novela.

Editor responsable, D. Abelardo Diaz.

CÓRDOBA.—1867.

Imprentde El Guadalquivir, Pescadores, 17.